

III

DONDE SE VÉ CÓMO JUANILLO EMPIEZA Á ARREPENTIRSE
DE SU EXCESIVA CURIOSIDAD

Dos noches llevaba Bautista encerrado en su casucha perdida en la playa de las Tres Marías del Mar, trabajando en el misterioso expediente que le había traído « el infiel ». Leía, escribía, anotaba, sellaba los papeles con una extraña oblea que parecía un reloj; no se daba un minuto de reposo.

Lejos de todo como estaba, sólo venía á turbar el silencio el murmullo de la onda al besar la playa.

De pronto oyó golpear fuertemente en la puerta de la pieza donde se hallaba encerrado. Bautista saltó sobre el asiento, tembló de pies á cabeza, cubrió instintivamente con las manos el paquete de expedientes, y sus ojos se encendieron con terrible fulgor.

— ¿Quién llama? preguntó con voz alterada.

— Yo, Juanillo, abridme pronto, por el amor de Dios.

Levantóse Bautista y abrió la puerta; rechazó con el brazo á Juanillo, quien fué á caer en una silla sollozando desesperadamente. Bautista cerró con cuidado la puerta

de su improvisado bufete, ajustó la de la calle y volviendo hacia Juanillo, preguntóle :

— ¿Qué sucede, amigo mío?

— Pues, señor, sucede que yo le sustraje á Ud. su reloj.

— ¿Cuál reloj? interrogó Bautista estupefacto.

— Acuértese! el que tiene aquella inscripción que empieza así : *A los dos...*

— Silencio! ordenó brutalmente el relojero y constatando que en realidad se hallaba vacío el bolsillo de su chaleco, palideció como un muerto. Bien te decía yo, bandido, que habías de morir en el cadalso!

— Harto castigado estoy!

— ¿Y dónde está el reloj?

— Aquí en mi bolsillo, Señor Bautista... tomadlo vos mismo... Porque lo que soy yo juré no volverlo á tocar en mi vida... Ah! razón le sobraba al Señor Magno cuando decía que esos objetos quemaban las manos!...

El relojero introdujo los dedos índice y pulgar en el chaleco de Juanillo y sacó el reloj.

— Imagino que por lo menos no lo habrás mostrado á nadie, dijo mientras lo examinaba y lo colocaba de nuevo en su propio bolsillo.

— Esa es mi desgracia, Señor Bautista, lo enseñé á cuantos me lo preguntaron.

Bautista lo asió por el cuello.

— ¿Quién diablos podía pedirte que le mostraras ese reloj?

— Soltadme, Señor Bautista, que me estáis ahogando y no podré articular palabra.

— Habla, pues, ordenó Bautista impacientándose.

Juanillo, que parecía haber crecido y adelgazádose durante esos dos días, y por cuyo pobre semblante demacrado caíanle los cabellos lacios y claros, presentaba

señales inequívocas de reciente pesadilla; atestiguábanlo esas ojeras, esos surcos de la cara, esas cejas levantadas por el arco del terror, esos labios temblorosos... Juanillo empezó el relato de la terrible aventura en que lo metiera la curiosidad de asistir á los misterios de la cripta de santa Sara. Dijo cómo, habiendo sabido por Magno qué clase de reloj se necesitaba para ser admitido á las más secretas ceremonias, habíase acordado de que Bautista usaba siempre uno de la misma clase en el bolsillo de su chaleco.

El solo conocimiento de que le habían sustraído el reloj del bolsillo puso al relojero en un estado de hostilidad violenta contra el pobre Juanillo, quien no cesaba, durante el curso de su narración, de mirarlo con ojos suplicantes como implorando gracia.

— ¿Y cómo diablos supiste que tenía en mi bolsillo un reloj de esa clase?

— Porque algunas veces se me ocurrió esculcarlos...

— ¿Con qué objeto, bandido?

— No se enfade, Señor Bautista... era para tomarle algunas moneditas...

— Asesino!

— Oh! Señor Bautista, eran unas monedas pequeñas de dos reales... las demás no las tocaba siquiera... las ponía de nuevo en el bolsillo junto con el reloj... porque seguramente habríais advertido su ausencia y sin duda me habríais declarado responsable del robo.

— Calla, hijo de presidiario!

— Callarme, Señor Bautista, cuando tengo todavía tantas cosas que contaros!...

— ¿De manera que te fuiste á la cripta con el reloj?

— Por desgracia me fui á la cripta!

— ¿Y qué viste allí?

— Todo lo que sucedió. Vi á los locos cantar y bailar, vi á los chiquillos que iban á matar con consternación mía cuando entró la dama roja...

— ¿Quién es la dama roja?

— La reina que esperaban, según parece. Apoderóse del látigo y les administró una zurra monumental, que bien merecían. Luego se comió y se bebió y en aquel momento empezaron mis desgracias.

— ¿Cuáles desgracias?

— Ah! Señor Bautista, creí que había sonado la última hora de mi vida!

— ¿Cometerías alguna imprudencia?

— La gran imprudencia consistió en tener el reloj, pues creí que con él podría pasearme tranquilamente por todas partes...

Fuime tras de las *Horas* que escoltaban á la reina roja á quien ellos llamaban el *Dios dorado*.

— ¿Y á dónde se encaminó el Dios dorado?

— Muy cerca, porque estaba á caballo y no podía avanzar fácilmente en la cripta. Sin embargo llegaron hasta la extremidad y entraron á un saloncillo húmedo y embovedado, que iluminaba una antorcha colocada en la mitad, tras de un sillón de piedra donde se hallaba sentado un anciano tan inmóvil que parecía inanimado y tan viejo que su blanca barba le caía hasta las rodillas. Dijeron que era el Anciano de las tribus y que se llamaba Omar. El Señor Magno me había advertido del peligro que corría si penetraba en ese saloncillo, mas era tanto lo que me gustaba la amazona salvadora de los niños que por no separarme de ella, entré sin reflexionar.

« Al entrar, todos mostraban el reloj. Yo también mostré el mío ó más bien el vuestro, Señor Bautista; pero abrieron la caja y consultaron el número, lo cual

vino á agravar la situación, porque al mismo tiempo que examinaban el reloj, me examinaban á mi también y no reconociéndome nadie, me hicieron preguntas que no pude contestar; viendo lo cual, cerraron la puerta del saloncillo húmedo y embovedado y resolvieron matarme.

— Pobre Juanillo, exclamó Bautista con sincera emoción.

— Bien dice Ud., pobre de mí! Sacaron los puñales y entonces les hablé en gitano, con lo cual resolvieron aplazar un tanto mi muerte, que habrían llevado á efecto sin la intervención del excelente Señor Magno. ¿No le conoce Ud.? Es el «enano paralelepípedo de cinco patas».

— Sí que le conozco, es un hombre excelente.

— Magnífico paralelepípedo! le debo la vida, continuó Juanillo, pues les pronunció un discurso que los «conmovió». Sin disfrazar la verdad contóles que me habían robado, siendo aún niño, á mis padres bohemios, lo cual enternecióslos tan grandemente que se pusieron á llorar. Entonces comprendí que ya no corría ningún peligro. Díjoles Magno además que yo era empleado del Señor Bautista, relojero de los bohemios, con lo cual quedaron muy satisfechos. Contóles por último que mi reloj pertenecía á un gitano que lo había llevado á la relojería para que se lo compusieran, hacía cinco años, y que no había vuelto, probablemente por haber dejado de existir. Me defendió de manera tan elocuente que me perdonaron la vida y me pusieron de centinela en tanto que los allí presentes se agrupaban en derredor de la antorcha del sillón de piedra y del Anciano las tribus. La dama roja ó dios dorado permanecía á caballo, inmóvil ante el Anciano y en torno de ellos hablábase en voz baja, á pesar de lo cual oí que llama-

ban á los delegados de los Bosnios, Valacos, Gallegos, Húngaros y Croacios. Cuando todos se hallaron reunidos, entablaron una discusión que no me fué posible escuchar.

Mantenían todos la cabeza baja, con excepción, naturalmente, de la dama roja, la cuál manteníase más erguida que en la batalla. Aquel conciliábulo, lleno de zalamas, duró largo tiempo. No podía darme cuenta exacta del tiempo transcurrido durante mi permanencia en la cripta; primero, á causa del vértigo que sufrí, y luego fueron tantas y tan variadas las cosas que llamaron mi atención que en vano trataría de acordarme cuántas veces dió vuestro reloj las doce y las dos y cuarto.

— Vagabundo! ¿será preciso que te corte la lengua?... ¿Y qué sucedió después?

— Pues bien, muy luego blandieron simultáneamente los puñales en derredor del dios dorado y gritaron por tres veces consecutivos: Stella! Stella! Stella!

— Y después?

— Después, cuando creía todo terminado, empezaron mis desgracias.

— ¿De nuevo?

— Naturalmente. Prestadme atención, Señor Bautista. Oyóse en aquel momento un ruidajo endemoniado que no podía explicarme y una vez que este cesó, la voz del Anciano del sillón de piedra, del viejo Omar, proclamó en voz alta dos cifras, que recordaré toda mi vida. Eran los números 118 y 213. Luego, tras una pausa, oí la voz del Señor Magno que decía: «Yo soy el 118». Después quedóse todo en silencio y muy luego escuchóse de nuevo el ruidajo... todos parecían preocupados y examinaban las cajas de sus relojes. Por último el Señor Magno se me acercó y me pidió le mos-

trara la caja de mi reloj, á lo cual no pude negarme. Encendió una cerilla, la examinó y dijo: « Aquí está el número 2131 » Volvió hacia el Anciano y luego vino á buscarme, diciéndome: « Ven, que te ha tocado la suerte! » Mas yo estaba muy lejos de suponerme lo que iban á exigir de mí y lo que iba á sucederme.

« Pedí explicaciones al Señor Magno, mas no tuvo tiempo para dárme las y me condujo al centro del círculo de las *Horas*, ante el padre Omar.

« Los semblantes, en derredor mío, tenían aspectos siniestros; pero lo que á mí más me espantaba era ver que algunas de esas fisonomías, que momentos antes lloraban enternecidas, refan, ó más bien gesticulaban y parecían burlarse de mí, sin que por ello abandonaran su aspecto salvaje.

Inmediatamente pregunté, aunque no soy valeroso, pero detesto que me fastidien:

« — ¿Qué queréis de mí?

« Entonces preguntóme el Anciano:

« — ¿Cómo te llamas?

« Contesté sin mentir.

« — Me llamo Juanillo.

« — ¿Es verdad que eres gitano, que fuiste robado á padres bohemios y que posees el reloj número 213?

« Examiné primero la caja y una vez que estuve seguro respondí:

« — Todo eso es cierto!

« — Pues bien, Juanillo, díjome el viejo Omar, acabas de ser designado en compañía del número 118, que es Magno, para escoltar á la reina.

« — ¿A cuál reina? pregunté. Si es á la dama roja, acepto.

« — Vaya una respuesta, Juanillo, díjome Omar, claro que es ella!

« — En ese caso, acepto!

« Hicieron traer entonces el Evangelio y ante la Santa Escritura pronuncióme el Anciano un discurso que aun me produce escalofríos. Porque según parece, Señor Bautista, la reina se halla expuesta á los más graves peligros y ambicionan su cabeza, que es tan linda, pero si se la cortan, me la cortan á mí también. Tiene ella derecho á pedirnos y exigir de nosotros cuanto quiera, hasta la vida! El Señor Magno y yo debemos obedecerle en todo, arrojarnos al fuego, si así lo ordena, y al agua también, lo cual sería menos grave, porque yo sé nadar. En fin el viejo Omar lo dijo: « Debéis atajar con vuestros pechos el puñal de sus asesinos. » Nada, Señor Bautista, que me estaba muriendo de miedo...

« — Es terrible, en verdad, observó Bautista.

« — Ya lo creo que es terrible! Pero lo es menos que lo que después sobrevino. Prestadme atención, Señor Bautista, y compadeceos de mi triste suerte.

La reina, que había permanecido callada durante todo el tiempo, dijo de pronto:

« — ¡No quiero guardianes!

« — Al oír aquello, lloré de alegría, porque le repito, jamás he querido pasar por listo y siempre me ha espantado el peligro, de lo cual tienen la culpa los burgueses que me robaron á mis padres bohemios...

« — Ya lo sé, hombre, ya lo sé!

« — ... que me acostumbraron á mirar bajo la cama, por la noche, antes de acostarme. En una palabra, habría besado á la reina, tanto era el entusiasmo que me causaron sus palabras. Desgraciadamente, Señor Bautista, aquello no era sino el comienzo de mis desdichas!

« — Si tus desdichas empiezan siempre, observó Bautista, me parece que no acabarán nunca.

Mas Juanillo, poseído por su tema, continuó la relación :

« El Anciano preguntó á la reina :

« — Por qué no aceptas los guardianes?

« — Porque me basto para defenderme, contestó, y además porque para *llevar á cabo la obra* necesito de toda mi independencia.

« El viejo Omar, con aspecto enfurecido, replicó :

« — ¿Acaso es menos libre el amo porque lo custodien dos perros fieles? Tampoco los aceptó Reinaldo y lo mataron.

« Entonces dijo la reina :

« — *Si me haces escoltar por esos guardianes os advierto que los perderé en el camino.*

« El Anciano replicó :

« — No harás tal cosa porque no podemos quedar sin noticias tuyas; es preciso que sepamos en todo momento si te hallas viva ó muerta.

« La reina contestó por última vez :

« — Siempre estaréis al corriente de cuanto haga, aunque no os lo comunique personalmente, *pues en el mundo entero se ocuparán de mí.*

« Y Omar, gruñendo como un oso y resoplando en su barba como una foca, repetía :

« — Hablas como Reinaldo, quien sin embargo murió y no ha sido vengado todavía. Te daremos dos guardianes que no te abandonarán ni un momento y que serán tus *vabrassi*. Tal es la voluntad de las *Horas*.

« Y todas las *Horas* allí presentes aprobaron lo dicho por el Anciano, con excepción de Magno, que nada dijo. En cuanto á mí, miré á Omar con ojos petrificadores.

« La reina roja y dios dorado permanecía silencioso. El anciano nos hizo colocar delante del Evangelio al Señor Magno y á mí y dijonos luego : « Guardianes de

nuestra reina, vais á jurar por el Evangelio que os halláis prontos á morir por ella... ». Como me viera indeciso el Señor Magno, díjome al oído : « Jura, que respondí por tí... mas si quieres salir con vida de este lugar, apresúrate á jurar porque te están observando ». Entonces resolví jurar, lo cual hizo también el Señor Magno. Cuando creí terminadas mis desdichas, ví que otra más terrible se avecinaba, pues el viejo Omar agarró el Evangelio con ademán de arrojárnoslo á la cabeza.

« — Esperad un momento, 118 y 213, gritó. Habéis jurado defender á nuestra reina hasta la muerte, mas nosotros, las *Horas*, debemos jurar daros la muerte si perdéis á nuestra reina.

« Al oír tal cosa no pude menos de gritarle en la cara al viejo Omar :

« — Pero es ella quien desea perdernos. »

Contestóme el viejo buho que nada tenía que ver él en eso, pues sólo á nosotros, 118 y 213, interesaba tal asunto; hizo una señal á las *Horas* y todos, en coro, prestaron un juramento en el cual no se hablaba sino de nuestra muerte. Ah! mi querido Señor Bautista, cuán desgraciados somos! Si logramos vigilar á esa reina de desdichas, corremos peligro de muerte; y si perdemos sus huellas, también nos sucederá lo mismo. Así lo afirmó Omar.

Y Juanillo alisó desesperadamente con sus deditos éticos, la clara y rebelde cabellera.

— Y si ello es como lo cuentas ¿qué vienes á hacer aquí? preguntóle Bautista con sonrisa singular.

— ¿Qué he de venir á hacer? Despedirme de Ud. Ya que voy á morir. Yo no podía, ya que Ud. fué siempre tan bueno para conmigo, marcharme sin contarle mis desdichas y devolverle su reloj.

— Tómallo, hijo mío, y guárdalo, díjole Bautista con mucha dulzura y entrególe el fatal reloj.

Como se negara Juanillo á recibirlo, agrególe :

— ¿Tienes confianza en mí?

— Sin duda! Señor Bautista.

— Pues bien, toma este reloj y no lo abandones nunca, que quizás te sirva de mucho cuando menos lo pienses.

— Ya que Ud. lo desea, Señor Bautista... Y si en alguna ocasión me salvare, no hará sino reparar el mucho mal que me ha causado.

Juanillo tomó el reloj y lo colocó en el bolsillo de su chaleco.

— ¿Qué he de decir á tus padres cuando les vea? preguntó Bautista.

— Lo que á Ud. le venga en mientes, porque á mí poco me interesan desde que me enviaron á una casa de corrección por haberles robado un abotonador.

— Juanillo, tú siempre has tenido la manía del robo y la has ejercitado en todas partes, en tu casa y en la mía, en la escuela y en el taller. Al presentarte tú, desaparecían las cajas de cerillas, los cigarros y tabaqueras, las plumas y hasta las peinetas de carey de tu madre adoptiva...

— Eran de celuloide, Señor Bautista... ¿Y qué quiere Ud? no es culpa mía puesto que estoy enfermo de klep... klep... kleptomanía.

Al oír tan singular respuesta, no pudo Bautista contener una exclamación de asombro.

— ¿Qué médico te dijo que sufrías de esa enfermedad?

— Mi abogado, Señor Bautista, cuando me llevaron mis padres á la casa de corrección. Cuán desgraciado soy, porque según parece es una enfermedad incurable... y sólo me resta morir!

Púsole Bautista la mano sobre el hombro, para lo cual se vió obligado á empinarse, y díjole.

— Mientras estás derramando lágrimas puede haberse marchado la reina.

El joven, espantado, exclamó :

— Dios mío!

Mas no le hizo caso el relojero, quien parecía escuchar algún ruido lejano y cuyo semblante cambió totalmente : ilumináronsele los rasgos, como al influjo de una lámpara interior. ¿Qué llama misteriosa se albergaba en aquel cuerpo de aspecto tan humilde, tan triste, aparentemente tan escaso de vida, tan... resignado?

Oyóse claramente el trote reposado de un caballo que se acercaba pausadamente á la casa... Cesó el ruido, sonó un murmullo de voces, oyóse una pregunta, luego una respuesta... y golpearon quedo á la puerta de la cabaña.

— ¿Quién golpea? preguntó el relojero.

De fuera contestaron :

— *Las dos y cuarto.*

Bautista, lleno de emoción que no trataba de disimular ante Juanillo, corrió á abrir la puerta.

Penetró una joven de belleza singular, cubierta la cabeza dorada con un gorro de astrakán y envuelta toda ella en una larga capa oscura bajo la cual se veía la llama roja de la túnica.

— Es la reina! exclamó Juanillo.

— Sin duda, contestó la visitante con voz calmada y armoniosa. Soy la Reina del Aquelarre y vengo en busca de mi guardián. Buenos días, Señor Bautista.

El relojero contemplaba á la soberbia joven cuyos bellos ojos negros y acariciadores permanecían fijos en él. Sonrióle y tendióle las manos.

Mas he aquí que no tuvo fuerzas para estrechar esa mano... palideció como un muerto... su garganta no exhalaba sino sonidos ininteligibles... pareció ahogarse y vaciló sobre sí mismo.

Precipitáronse en su ayuda la joven y Juanillo, mas el relojero volvió en sí y tranquilizó con una señal á la visitante. Luego, cuando pudo articular, suplicó á Juanillo que « cuidara el caballo de la señora. »

Comprendió Juanillo y se retiró haciendo más de una reflexión sobre las extraordinarias visitas que recibía su pobre amo.

Con toda evidencia no era aquella la primera vez que se veían Bautista y la joven reina de los bohemios y harto lo probaban las expresivas miradas que se dirigieron y la emoción que se apoderó de Bautista.

Una vez cerrada la puerta de la cabaña, hallóse Juanillo en medio de la playa y no muy lejos del caballo cuya forma blanca y cascos dorados distinguía vagamente.

De pronto oyó que le decían :

— ¿Eres tú, Juanillo?

— Oh! sois vos, Señor Magno!

Y vió al enano paralelepípedo de cinco patas en cuclillas por el suelo, cubierto de la cabeza á los pies por larga capa, y tan recogido en sí mismo que apenas si ocupaba el espacio que puede llenar una pequeña maleta.

— Está fría la noche, dijo Magno.

— ¿Qué sucede? preguntó Juanillo. Debíais esperarme frente á la entrada de la cripta y aun ha pasado la hora de la cita.

La voz gutural respondió :

— Sucede que Stella...

— ¿Quién es Stella?

— Con ese nombre bautizamos á nuestra reina.

— ¿Y por qué motivo la habéis llamado así?

— Porque ese nombre nos ha de traer buena suerte :

Stella! Estrella!

— ¿Y acaso el nombre de ella era fatídico?

— Nadie lo sabe, Juanillo, porque nadie conoce el verdadero nombre de Stella.

— ¿En verdad nadie lo conoce?

— Con excepción de Santa Sara... y del *Señor de la Hora...* Mas nadie conoce al *Señor de la Hora...*

Por sobre el enano que permanecía melancólicamente envuelto en su capa, inclinóse Juanillo y aplicó el ojo á la cerradura.

— ¿Qué miras por ahí? preguntóle Magno.

— La hora que es...

Y he aquí lo que vió el aprendiz por el ojo de la cerradura : Bautista y la joven reina abrazábanse estrechamente en tanto que las lágrimas de Bautista caían sobre la cabeza dolorosamente inclinada de la joven. Aquel espectáculo conmovió profundamente todas las fibras de Juanillo y dióle al mismo tiempo una alta idea de Bautista. Porque, en realidad de verdad, aquello de que un simple relojero estreche entre sus brazos á una reina, aunque sea la de los bohemios, es caso que no ocurre diariamente en la relojería.

Levantóse Juanillo temiendo que advirtieran su presencia, y no daba punto de reposo á sus reflexiones :

— ¿Por qué mi amo, en lugar de hacer pasar á la reina á la pequeña pieza interior, me puso de patitas en la playa?

El aprendiz sacó en consecuencia que los expedientes en los cuales trabajaba tan misteriosa y asiduamente el relojero y que debían hallarse en la pequeña pieza interior, no podían ser vistos por nadie, ni

siquiera por la bella joven que con tanta emoción estrechaba Bautista.

Sentóse sobre la piedra, junto al bultito que formaba Magno con su paralelepípedo de cinco patas.

— ¿Nada me decís, Señor Magno?

— Como no me pones atención...

— Cierto... le preguntaba á Ud. qué había sucedido... y Ud. me contestaba que *Estrella*...

— Pues bien, te decía que Stella salió de la cripta antes de la hora señalada. Ya se disponía á partir en su caballo blanco cuando le advertí que si no te anunciábamos su partida, jamás lograrías alcanzarla, lo cual no dejaba de ser malsano para tu salud, dados los juramentos que ante ella prestaron las *Horas*, á lo cual me contestó: « Es muy justo lo que me pides y además no deseo la muerte de Juanillo. »

— ¿Eso dijo la reina?... No quiere la muerte de Juanillo!

— Y ella misma agregó: « Puesto que él no me vigila, tendré que vigilarle yo. Vamos á buscarle. »

— Esa es una reina buena, declaró Juanillo con voz conmovida. Tan pronto como la vea, le daré un beso. Con tan excelente soberano no corremos peligro alguno... ¿Y después vinisteis á la cabaña?..

— No tal, pues antes nos fué preciso dar una vueltecita por el campo. Fuimos á golpear á una casucha ruinosa donde debían esperarnos, pues nos abrieron en seguida y Stella penetró sola al patio que le franqueó una vieja llamada Milly, si mal no recuerdo. Cuando la reina salió no traía el paquete envuelto en los pliegues de su túnica.

— ¿Cuál paquete?

— El de las dos chiquillas *gadschi*.

— Cierto, ya las había olvidado.

— Felizmente para ellos, no le sucedió lo mismo á Stella... En fin, después de eso, vinimos á buscarte paso entre paso, hablando como viejos amigos, y me pidió le indicara el camino, que no conocía como es natural, y dónde se hallaba la vivienda del relojero.

Estuvo Juanillo á punto de decir á Magno: « Si no conoce la casa, á él le conoce perfectamente ». Mas omitió tal reflexión, porque Juanillo, bajo su aspecto de candidez, recela un temperamento astuto y prudente.

De pronto surgió una sombra frente á Juanillo.

— ¿Quién está allí? preguntó el aprendiz, levantándose con agilidad de mono y dándole á su pregunta el tono del centinela que dice: « Alto ahí! ¿quién vive? »

— Quiero ver á tu amo!

Juanillo reconoció al « infiel ».

— El Señor Bautista está acompañado, contestóle.

— ¿Con quién está? preguntó el « infiel ».

— Muy curioso eres, amigo mío, dijo con impresionante voz de bajo que parecía salir de la tierra el enano paralelepípedo de cinco patas.

En aquel momento abrióse la puerta de la cabaña y Bautista y la reina aparecieron en plena luz.

— Es ella, exclamó el « infiel », y desapareció como si se lo hubiese tragado la tierra ó comido la noche.

Llamó la joven reina á Magno y ordenóle acercase el caballo. Montó en un instante, dirigió con la mano un último adiós al relojero, que permaneció como petrificado en el umbral, y dijo á sus guardianes con extraño acento burlón:

— En marcha, tropa insignificante!

Juanillo dijo adiós á Bautista pero éste no le escuchó. Arrancó el caballo de los cascotes de oro, mas con paso tan quedo que parecía compadecerse del enanito

que trotaba penosamente tras él. Juanillo, con las manos en los bolsillos, marchaba detrás del enano.

Avanzaba melancólicamente la caravana á la débil luz de la luna amiga que en ese momento acababa de hacer su aparición, saliendo de entre una nube. Por aquel lado de la aldea todo estaba desierto: los campos, la playa, el camino. Distingúfanse á lo lejos, cerca de la embocadura del pequeño Ródano, algunas luces que indicaban el campamento de los nómades. El « dios dorado » dejaba flotar las riendas sobre el pacífico pesquezo de su cabalgadura y parecía sumergido en profundas reflexiones.

Magno silbaba un aire triste, Juanillo daba un paso mientras Magno daba diez y de esta manera conservábase la ordenada disposición de la caravana.

IV

SIGUIENDO A UNA ESTRELLA

Al llegar al primer recodo del camino, volvióse Juanillo para contemplar por vez postrera el techo bajo el cual se albergaba su amo. En aquel momento dábase prisa Bautista por hacer entrar á la cabaña al « infiel » y apagóse súbitamente la luz que salía por la puerta.

Juanillo, intrigado, alcanzó á Magno con sólo estirar las piernas é inclinado casi hasta tocar tierra, díjole:

— Señor Magno, tengo necesidad de hacer una diligencia en casa del Señor Bautista. No me demoro nada y como vais despacio, pronto os alcanzaré.

— ¿Olvidaste tus pañuelos? preguntó Magno, con pérfida ironía, pues ya había tenido ocasión de burlarse de Juanillo, cuando éste le comunicó la pretensión de cargar con un atillo de ropa. « A un verdadero gitano, hábiale dicho Magno, jamás le falta nada en el camino. »

El joven partió á buen andar y en poco tiempo llegó á la cabaña, cuyas ventanas permanecían herméticamente cerradas. Recurrió al hueco de la cerradura para ver lo que sucedía en casa del relojero. El saloncillo

estaba vacío y no se oía voz alguna. Mas la puerta de la pieza interior se abrió y Juanillo pudo ver al « infiel » acompañado por Bautista. El « infiel » terminaba de arreglar los papeles en las alforjas y Bautista le decía con ademán de gran autoridad :

— ¿Me has comprendido, verdad? Es preciso que antes de veinticuatro horas hayan perdido el rastro. Arréglate como puedas, cueste lo que costare.

La voz del infiel repitió :

— ¿Cueste lo que costare?

— Sí, repitió Bautista, con mayor energía. Cueste lo que costare!

Y cómo para que Juanillo se diera cuenta exacta de toda la importancia que encerraban aquellas palabras, sobre todo en lo que á él se refería, escuchó lo que sigue :

— Además espero que no tendrás necesidad de recurrir á un *procedimiento extremo*. Nada te será tan fácil como desembarazarte del enano que camina como una tortuga y de Juanillo que es un chicuelo cándido, á quien yo quiero mucho por cierto.

Juanillo no tuvo tiempo de recular y disimularse tras del muro, pues en aquel momento salió el « infiel » é hizo una gran reverencia al « Señor Bautista » quien repitió desde el umbral :

— Cueste lo que cueste!

Volvióse por última vez el « infiel » y dijo :

— Podéis contar conmigo!

Luego se dirigió hacia la aldea por el camino opuesto al que seguía la caravana.

Cerróse la puerta y Juanillo quedó clavado allí, castañeteándole los dientes.

— Jamás, decía echando un suspiro y viendo cómo se alejaba el hombre, jamás me habría imaginado que el

Señor Bautista procediese de esa manera; y dice sin embargo que me quiere mucho; y espera que el « infiel » no se verá obligado á emplear un procedimiento extremo para desembarazar de mí á la reina!...

Chocóle particularmente esa expresión que repetía una y otra vez : « Procedimiento extremo! Procedimiento extremo! »

Apoderóse de él un acceso de cólera infantil : arrancóse un puñado de cabellos y mostrólos con ira á la luna.

— No podré escapar á mi destino, dijo sollozando en voz alta con la vana esperanza de que viniera Bautista á consolarlo, á tranquilizarlo... mas la puerta de la cabaña se hallaba definitivamente cerrada... Y Juanillo, lanzando un gran suspiro, pensó que ya era hora de reunirse con la reina Stella si quería evitar una muerte segura en lugar de perder un tiempo precioso lamentándose de peligros que al fin y al cabo eran aún problemáticos.

De nuevo puso en movimiento las gigantes tenazas que eran sus flacas piernas y en diez minutos alcanzó al caballo blanco, al dios dorado y al Señor Magno. Las riendas seguían flotando sobre el pescuezo de la cabalgadura, el dios dorado continuaba sumergido en sus profundas reflexiones y Magno trotaba siempre, silbando un airecillo triste. Colocóse Juanillo en el puesto que le correspondía detrás de Magno y la caravana tomó de nuevo el mismo extraño aspecto, plácido, caricaturesco y fantasmagórico que tenía al salir de la aldea.

No obstante, poco debía durar aquella hermosa ordenación de fila india, pues aunque Magno conservaba invariablemente cincuenta centímetros de distancia entre el caballo y él, no le ocurría lo mismo á

ese pobre de Juanillo, que llevado y traído por sus preocupaciones, adelantósele algunos pasos á Magno, lo cual no toleró este último. Con sus tres manos rematadas por garfios, asíóle por el fundillo y tiróle hacia atrás con palabras de mal humor. Como le preguntara Juanillo porqué se empeñaba tanto en ir solo tras del caballo, contestóle el enano con aire displicente que no quería que nada se interpusiese entre su apreciable persona y la reina Stella; que no confiaba sino en él solo para vigilarla y que estaba resuelto á no abandonarla un solo instante. Después de lo cual volvió á silbar de nuevo un airecillo triste.

Pensó Juanillo que á Magno le sobraba razón para ser prudente, pues ambos debían serlo, sobre todo en las actuales circunstancias. Mas juzgó que en una región tan plana, tan desierta y tan bien iluminada por la luna, como la que atravesaban, sería muy difícil que les arrebatasen la reina. Comunicóselas á Magno, quien le contestó:

- Nunca sabe uno lo que puede suceder.
- ¿A dónde vamos? preguntó Juanillo.
- Muy curioso eres... A donde ella quiera... Déjame silbar.
- Señor Magno!
- Juanillo.
- Deseo deciros una cosa.
- ¿Cuál es?
- Que habéis cambiado mucho de cinco años á esta parte. Estáis desconocido.
- Es cierto, gruñó el enano entre sus dientes.
- Hace cinco años erais alegre, divertido, jovial; haciais mil piruetas con vuestras manecillas, en tanto que ahora silbáis continuamente un airecillo triste.
- Es verdad que estoy triste, Juanillo.

- Y regañón.
 - También es cierto.
 - ¿Se debe ello acaso á lo que nos sucede?
 - No tal, que ahora puede ocurrirme cualquier suceso sin que me amedrente.
 - ¿Entonces por qué habéis cambiado tanto, Señor Magno?
 - Estoy casado, Juanillo.
 - No me lo habíais participado, Señor Magno!
 - Qué quieres, no se puede pensar en todo á la vez. Pero hay algo que tampoco te he dicho y que voy á comunicarte inmediatamente, mi querido Juanillo: soy cornudo!
 - Eso no es posible, Señor Magno, exclamó el aprendiz. Con un hombre como vos, que obtiene tanto éxito entre las mujeres... no ha podido portarse mal la Señora Magno...
 - En eso precisamente consiste tu error... Mi mujer, que yo creía la más honrada de todas las mujeres, no era sino una...
 - Eso no puede ser!
 - Como lo oyes. Se fugó con el hombre de la cabeza de ternero.
 - ¿Con el hombre de la cabeza de ternero?...
 - ... Te digo que con el hombre de la cabeza de ternero... Ah! Juanillo, aun eres joven, pero créeme: desconfía de las mujeres. Y ahora que ya sabes por qué estoy triste, déjame silbar.
- Impresionado por tal confianza, marchó Juanillo un rato al lado de Magno, mas inmediatamente después ocupó su puesto trasero y cerró la fila. Iba examinando, mientras caminaba, la llanura desierta y tan bien iluminada por el astro de la noche, que se veía el confín del horizonte y se hubiera distinguido hasta el movi-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CALLE N.º 1116, "EL YESO"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

mientó de un carnero. Mas todo permanecía inmóvil. Los estanques brillaban aquí y allá como grandes espejos inmóviles... luego vieron crecer poco á poco los muros de una casucha que aparecía por el lado izquierdo.

Magno extendió uno de sus brazos izquierdos y dijo sencillamente :

— La casucha!

— ¿La misma donde dejó las chiquillas *gadschi*?

— Sí.

— ¿Volvemos á ella?

— Ya lo ves.

Diez minutos después deteníase la pequeña caravana ante la puerta de la casucha, que se abrió, sin que nadie hubiese golpeado.

En el umbral del patio apareció una sombra.

— ¿Eres tú, Milly? preguntó la reina.

— Sí, Señora.

— Dejarás entrar á estos señores con quienes tengo que hablar. Magno no se retiraba una pulgada del caballo y Juanillo permanecía al lado de Magno. Cerróse la puerta del patio. La reina se desmontó y dijo á Magno :

— Tened paciencia, que vuelvo dentro de un momento.

Nada contestó el enano, dejó á la que debía vigilar que entrara á un pabellón aislado en la mitad del patio y se fué á cuidar del caballo que parecía ser el más manso del mundo.

Juanillo examinaba los objetos que le rodeaban y parecióle que ninguna celada podían tenderles en aquel lugar. Por eso, cuando la sombra de la reina llamó á Milly y ésta les suplicó que pasaran á una pieza del pabellón á donde había entrado el « dios dorado », no

vió inconveniente en ir á sentarse junto al fuego que tan hospitalariamente se consumía en el hogar. Con efecto, la estación había sido por demás inclemente y las lluvias de primavera habían humedecido tan fuertemente aquel rincón de tierra, que la atmósfera estaba muy húmeda. Magno no abandonó las riendas del caballo.

La casucha parecía abandonada y no revelaba trazas de vida. La luna alumbraba el patio dismantelado, los muros desportillados, el techo ruinoso. La mayor parte de las puertas estaban abiertas. No se oía ningún ruido, ningún grito, ni se veía más luz que la del hogar junto al cual se calentaba Juanillo y una pequeña luz en el mismo pabellón que brillaba tras una ventana donde se divisaban los movimientos de una sombra que era la de Stella.

Lo que más tranquilizaba á Magno era la presencia de Milly, que se había quedado acompañándolos. Invitólos ella á cenar, mas rehusó Magno y Juanillo declaró no tener hambre; los dos habían comido en la cripta. De pronto apagóse la lucecilla de la ventana, crujió una puerta y la reina apareció vestida con oscura y sencillísima amazona y reemplazando el gorro de astrakán una cofia de nutria. En derredor de su cintura había anudado el látigo del Gran Coesre.

— Hablemos, dijo la reina. Hizo entrar á Magno á la pieza donde ya se hallaba Juanillo, cerró la puerta y luego vino á sentarse cerca del fuego, con los pies entre la ceniza. Dábale la llama de frente y trazaba sobre la pared un perfil de mal agüero. La línea era singularmente dura. Dijo la reina :

— Señor Magno, y vos, señor Juanillo, habéis sido designados por las *Horas* para que las tengáis al corriente de cuanto me suceda. Pues bien, no faltaréis á

vuestro deber. Cada ocho días os haré saber, en la forma que os parezca más cómoda, cuanto me haya ocurrido, de esta manera no estaréis temiendo constantemente perder mis huellas y al mismo tiempo podréis hacer lo que os plazca. ¿Estamos de acuerdo?

También sentóse Magno cerca de la ceniza y empujaba los tizones con sus zapatitos de niño y hacía juegos malabares con sus tres manos, arrojando al aire carbones encendidos, mientras decía :

— No estamos de acuerdo.

— Lo siento, dijo la reina con voz seca y metálica, frunciendo de tal modo el ceño, que Juanillo, viéndola, sentía enfriarse el espinazo, lo cual no era extraño, porque como él mismo había dicho, no era valeroso.

— También lo sentimos nosotros, dijo Magno, que continuaba divirtiéndose con los carbones encendidos como pudiera hacerlo un colegial jugando á la taba. Se nos ordenó que acompañásemos en todo momento á Stella y por ningún motivo habremos de abandonarla. Mas nos convendría á todos que nos entendiésemos de una vez y que Stella acepte nuestros servicios, que llegarán hasta el sacrificio de la propia vida, como juramos hacerlo.

Inmediatamente irguióse la reina, temblorosa de impaciencia.

— ¿Deseáis acaso morir, Señor Magno? Porque lo que llevo en pos de mí, es la muerte.

— Precisamente, señora, constestó el enano con exquisita cortesía, era eso lo que le explicaba yo á Juanillo momentos antes. Me importa tan poco la vida, que no sería extraño deseara la muerte... Mas ni siquiera estoy seguro de ello y por lo tanto me parece más cuerdo decir que nada deseo... como no sea ir en pos de vos y vigilaros, lo cual constituye mi deber de gitano.

— Sois un neurasténico, Señor Magno.

— No hay tal, señora. Pero en cambio he tenido desgracias en mi hogar.

— No me diga! Pero Juanillo no es casado, y por consiguiente no le asisten las mismas razones...

— Juanillo cumplirá también con su deber, señora, porque precisamente le tiene apego á la vida y sabe que la perdería si por desgracia perdiéramos vuestra huella.

— Pues os advierto que antes de diez minutos ignoraréis qué rumbo he tomado.

— No sucederá tal cosa!

Desató la joven reina con rápido ademán el látigo que le anudaba la cintura.

— Me permito advertiros, señora, dijo el enano colocando galantemente sobre el pecho sus dos manos izquierdas y saludando á Stella con la diestra, que somos vuestros *vabrassi*, es decir, vuestros esclavos como dicen en la corte de Francia y en la corte de Amor, mas en ningún caso vuestros *lieassi*, y en consecuencia, no está destinada á nosotros esa fusta.

— Servirá para Darío!...

Tal era el nombre de su caballo. De un salto púsose en el patio y montó.

— Milly! ordenó la reina.

Abrióse la puerta y apareció Milly. Entonces pudieron contemplarla los dos gitanos. Sin las arrugas de la cara, cualquiera la habría tomado por una mujer joven; presentaba su fisonomía incoherentes aspectos de vejez prematura y de inexplicable juventud. De lejos se diría una joven de veinte años, de cerca parecía de cincuenta; su timbre de voz era infantil.

Dijole Stella :

— ¿Gozan de buena salud las chiquillas *gadschi*?

— Excelente, mi ama. Bebieron y durmieron y ahora acaban de despertarse.

— Tráemelas enseguida.

Desapareció Milly.

Magno y Juanillo manteníanse á uno y otro lado del caballo y tanto ellos como Stella guardaron completo silencio.

Volvió Milly con las chicuelas que lloriqueaban envueltas en una capa y entregóselas á su ama.

— Abre la puerta! ordenó Stella.

Milly abrió la puerta del patio.

En aquel momento ocultóse la luna tras de espesos nubarrones que impulsaba el viento del mar. Desde la puerta sólo se veía la extensa noche oscura. El campo todo, tan vivamente iluminado momentos antes, parecía haber caído en un abismo oscuro.

— Adiós, Milly, dijo la voz de Stella.

— Adiós, ni ama, buen viaje!

Aún se oyó la voz de Stella:

— ¿Te hallas pronto, Darío?

Contestóle un alegre relincho. La fusta de largo látigo desgarró el aire y fué la señal de un salto prodigioso en las tinieblas, turbadas un instante por el fulgor de cuatro cascos de oro.

¡Cuán loca carrera por la llanura sonora! Resonaba el galope con ruidos de tormenta. Parecía como si Darío tuviese las alas del viento que azotaba la campiña y no refrenó su loco correr hasta que el viento, fatigado, se calmó. Los flancos del animal resoplaban como fuelles.

V

HACIA EL ABISMO

Acarició Stella al arrojado animal que la había desembarazado de tan molestos guardianes, dejólo reposar un momento y luego hizolo andar á buen galope.

Desgarróse de pronto el espeso cortinaje de las nubes, dando paso á la luna, con lo cual pudo ver Stella que dos formas se movían, á derecha é izquierda, no lejos de ella, en la llanura. Al ver tal cosa, no pudo contener un grito de estupefacción, y clavándole las espuelas á Darío, hizolo saltar de nuevo. Mas las dos formas avanzaban con tan perfecta regularidad, que bien hubiera podido decirse describían un mismo movimiento, complementándose mutuamente y empujadas por una misma fuerza y un mismo ardor.

De un lado veíase el largo cuerpo chupado de Juanillo, cual inmenso esqueleto que de cada paso elástico saltaba sobre la tierra como si calzara las botas de las siete leguas que menciona la fábula; del otro lado se veía...

Se veía una rueda... sí, algo así como una rueda humana... un hombre en forma de rueda... que ro-

daba... rodaba... rodaba... Con la cabeza á guisa de cubo que giraba... giraba... giraba... y desprendíanse de aquella cabeza cinco rayos de carne humana, brazos y piernas... que parecían ser diez, tanta era la celeridad con que giraban... Ah! cuán monstruoso era todo aquello! el mirar claro y frío de los ojos incrustados en el cubo, que giraban con él... los rayos con dedos, que empuñaban la tierra y la hacían retroceder, formando á lo largo del trascurso de la rueda algo así como la nube de polvo que levantan los carros...

Stella detuvo el caballo... y la rueda, después de dar algunas vueltas más, detúvose también, se estiró como si se lo hubiese roto de pronto un resorte y apareció por fin, á la pálida luz de la luna, en forma de enano paralelepípedo de cinco pañas.

Al otro lado del camino permanecía erguido é inmóvil el altísimo esqueleto elástico de Juanillo.

— Acercaos, ordenó Stella con voz melodiosa, sin revelar ninguna ira. ¿Os sentís fatigados?

— En absoluto, contestaron á un mismo tiempo Juanillo y Magno.

— Entonces será preciso que me resuelva á viajar con vosotros.

— El anciano de las tribus lo dijo: *los perros deben seguir al amo*, contestó Magno.

— Pues bien, si vosotros no os sentís fatigados, yo sí me siento, confesó la joven. Estas chiquillas *gadschi* son muy pesadas y como las cargaba con un brazo y con el otro manejaba á Darío, me siento extenuada.

— Más cuerdo habría sido dejarlas en la casucha, señora, observó Magno.

— No, porque allí las habrían hallado mañana los *liaessei* y de seguro no las habrían dejado en paz... Bien sabéis que las pagaron y prometieron su sangre

á santa Sara. Después de salvarles la vida, no habré de abandonarlas!

— Pues bien, dijo Juanillo, nosotros os ayudaremos á cargarlas.

— No sé si debo confiáros las.

Al oír esto, mostróse Magno realmente ofendido. Dejó de lado ese tono de cultura que había afectado en sus tratos recientes con la enviada de santa Sara, y expresóse como todo un gitano:

— ¿Acaso no somos tus *vabrassi*? Si nos lo ordenas, bien podremos servirles de nodriza á tus chieuelas.

— Los gitanos no gustan de los hijos de los *gadschi*.

— ¿Y qué eres tú, sino gitana? interrogó el rudo Magno.

— Puesto que vos las queréis, también las querremos nosotros, señora, dijo Juanillo con dulzura comunicativa. ¿No nos nombraron acaso para servirlos? Dad, que os ayudemos, señora, y tendió los brazos hacia los enenes.

— ¡Cuidado con dejarlos caer!

— Dadme uno, dijo Magno con impaciencia, alargando sus tres manos.

— Dadme el otro, dijo Juanillo, y ya veréis cómo os los devolveremos en buen estado.

— ¿Me lo juráis por vuestras vidas?

— Un juramento de más ó de menos, dijo Juanillo, qué importa! Dádmelo, señora.

— Respondo por lo que se rompa, proclamó la voz de bajo del enano.

— ¿Suceda lo que suceda?

— Suceda lo que suceda!

Juanillo levantó la mano derecha como para poner al cielo por testigo.

— Pero es que ignoráis lo que va á suceder.

-- Entonces conservad vuestros chiquillos, señora, dijo Magno dando curso á su mala educaci3n.

-- Vamos, amigos mios. Ya veo que sois buenas personas y que podremos entendernos, dijo la reina sonriendo.

Y por ultimo se decidi3 a entregarle una de las chicleas al aprendiz relojero, y la otra al enano. Estaban solidamente envueltos en gruesos cobertores de lana y tan pronto como se vieron en brazos de los dos guardianes de Stella, empezaron a chillar.

-- ¿Quiéres callar? gruñó Magno.

-- Cierra el pico, ordenó Juanillo.

Pusiéronse á arrullar á los bebés mirando con curiosidad esas bocas pequeñitas de donde se escapaban tan grandes gritos... A decir verdad, esas pequeñas *gadschi* les desgarraban los oídos, pues gritaban sin detenerse, ensordeciéndolos completamente... Jamás gritaban de ese modo los chiquillos gitanos.

Y tan embebecidos se hallaban los extraños viajeros en el cumplimiento de sus nuevas atribuciones, que no advirtieron la partida de Darío, veloz como una flecha. Mas en cambio oyeron una voz que gritaba :

-- En Arles!... En el hotel de los Alyscampos os dejaré nuevas de mi paradero!

Levantaron la nariz y enfurecidos maldijeron á todos los santos y se lanzaron tras las huellas de la fugitiva.

Mas no podían marchar de prisá, embarazados como estaban. El que se hallaba en mayor aprieto era sin duda Magno, porque Juanillo, al fin y al cabo, sólo necesitaba las piernas para correr, mientras que el enano paralelpedo de cinco patas, necesitaba de todas sus manos.

Por ese motivo iba ya Juanillo muy adelante cuando le llamó Magno.

-- No vale la pena, gritóle este último. Nunca lograrás alcanzarla llevando esa chicuela en los brazos, ni yo tampoco...

Volvióse Juanillo, preso de cólera indecible, mientras á lo lejos Darío y Stella no formaban sino un puntillo en el horizonte... y poco después desaparecieron por completo.

Juanillo, lleno de cólera y desesperación por haberse dejado engañar tan tristemente, decía sollozando :

-- Lo que merece es que le abandonemos sus chicleas á la orilla del camino.

-- No tal, dijo Magno con aire entendido. Por muchas razones no debemos hacer tal cosa.

Las chiquillas continuaban berreando de manera infernal.

-- Cerrad el pico, gritábales Juanillo. -- ¿Queréis callaros, chiquillas insoportables?

-- Quizás tienen hambre, opinó Magno.

-- Tal vez sí, pero yo no puedo darles el pecho, ¿eh?

Sentóse Juanillo á orillas del camino y púsose á arrullar á la insoportable chiquilla que chillaba sin descanso.

-- Parece como si yo le hiciera daño. Duérmete, niño... Duérmete tú... No me faltaba más, constató Juanillo. Heme aquí convertido en madre de familia.

-- Mira, dijo Magno, no te impacientes que mientras tengamos á las chiquillas en nuestro poder, Stella no se desentenderá de nosotros... Así lo prometió.

-- Si creo; prometió que nos « despistaría » y no tardó mucho en cumplir la promesa.

-- Eso viene á probarnos que cumplé su palabra, Juanillo... ¿Pero si crees que nos ha despistado completamente?

— Me parece que lo bastante...

— ¿Tú hubieras deseado quizás conocer sus señas?

— Naturalmente, porque aunque todo el mundo las ignora, ese habría sido el único medio...

— ¿Y estás seguro de que todo el mundo ignora sus señas?

— Quizás las encontremos en el Registro.

— Uf!... (Magno guiñó un ojo, rascóse la nariz con la segunda mano izquierda, única que tenía libre)... y Milly?

— Bravo! exclamó Juanillo... Bravo por la idea... ¿Y no ocurrírseme á mi?... Pero ¿y si no se presta á informarnos?

— Nos informará de todo, dijo Magno con tono de afirmación rotunda. Nos informará... Escucha Juanillo lo que te voy á contar. — ¿Tú no conociste á mi bisabuelo?... No, muy bien. Pues mi bisabuelo era un sujeto sorprendente en su especie y conocedor de las más hermosas historias del universo. Antes de establecerse como « hombre torpedo », que es estado de invención relativamente decente, ejerció la profesión de « fogonero ».

— ¿De locomotora? preguntó Juanillo, mientras continuaba arrullando la progenitura de los *gadschi*.

— No chico. Por aquel entonces no se había inventado aún la locomotora.

— ¿Fogonero?... ¿Fogonero de qué?

— Fogonero, imbécil. ¿No conoces acaso la historia de Francia? En cierta época fué un oficio muy común... y que dejaba buenas ganancias.

— ¿En qué consistía ese oficio?

— Ese es el asunto. Se llegaba de noche á una granja aislada... algo así como la casucha donde vive Milly...

— ¿Y qué?

— Pues se despertaba á la concurrencia y se le hacían algunas preguntas, tales como las que se refieren á las economías de la casa.

— Qué divertido! dijo Juanillo... Bonita cara debían poner las personas de la concurrencia.

— Imagínate!... Asombrábanse de tal manera que muchas veces olvidaban contestar. Algunos pretendían que debido á lo inesperado de la visita, en aquellas horas de la noche, habían perdido la memoria. Entonces el fogonero se encargaba de refrescársela.

— ¿En qué forma?

— Pues atizando el fuego.

— ¿Refrescaban atizando el fuego? Qué divertido.

¿Y con qué atizaban el fuego?

— ¿Con plantas, Juanillo, con plantas?

— ¿Qué clase de plantas?

— Con plantas de pie! Juanillo, con plantas de pie!

— ¿Qué clase de pies?

— ¿Qué es eso? exclamó Magno enfurecido y acercándose á Juanillo. ¿Te estás burlando de mí?

— Silencio! ordenó Juanillo rechazando con bastante rudeza á Magno.. — Calle! No vé que duermel

— ¿Está dormida?

— Como un angelito del Señor! Y me sonrío mientras duerme... sí, Señor Magno... me sonrío... Mírela cuán dulcemente respira... con cuánta confianza reposa... Si parece que estuviera en su cama!

En aquel momento, « la chiquilla de Magno », que había permanecido silenciosa durante unos segundos, empezó á despertar de nuevo los ecos de la playa.

— Haga callar su chiquilla, ordenó Juanillo con impaciencia, que va á despertar á la mía.

Luego, grandemente conmovido, inclinóse de nuevo sobre esa pequeña existencia que acababa de encallar

en sus brazos y continuó arrullándola con su más tierna voz:

— ¡Cómo es posible, Dios mío!... Cuánta piedad me inspira!... Y qué adorable es!... Y sin embargo hay padres y madres que venden tan bellas criaturas!... Duerme, nena mía!... Duerme! Dime ¿tienes confianza?... ¿Duermes en los brazos de tu mamá Juanillo?... Duérmete niña... duérmete tú... antes que venga... el currucucú...

Los dos hombres emprendieron de nuevo la marcha, en sentido opuesto al que traían, á lo largo del camino que momentos antes llenara Darío con su resonante galopar... Magno dijo:

— Qué extraño, la mía no se duerme y sin embargo la mezo con mis tres manos... ha debido dormirse primero que la tuya, Juanillo.

— Es que la asustáis con vuestra lengua barba, Señor Magno. Y con toda seguridad va á despertar á la mía... Dádmela... Eso es... así... Duérmete niña... duérmete tú... Ya ve Ud. cómo empieza á callarse... Y también me sonrío... Es que si Ud. obtiene éxito entre las mujeres, yo los obtengo entre los niños. Duérmete!... Ya ve Ud... se está durmiendo... se durmió!... duérmete niña... duérmete en brazos de Juanillo.

Y Juanillo ordenó á Magno que guardase silencio para no despertar á « sus chiquillas »... y alargaba con mucha precaución sus largas piernas... y contenía la respiración, temeroso de turbar el sueño de « sus chiquillas ».

Caminaron así durante más de una hora para desandar el camino que recorrieron momentos antes en veinte minutos. Halláronse de pronto ante los muros de la casucha.

— Debe haber leche en esta vivienda, dijo Juanillo, que decididamente ya no se ocupaba sino de las chiquelas.

Magno le detuvo y después de examinar con atención la puerta de entrada del patio, dijo en voz baja.

— Mal síntoma.

— Señor Magno, observó Juanillo, á mí no me parece Milly una mala mujer. ¿Cree Ud. que nos ayudará á cuidar de las chiquillas?

— Lo dudo mucho, contestó Magno, alzando la voz.

— ¿Por qué?

— Porque la puerta está abierta.

— ¿Y qué?

— Pues que si la caja de la jaula está abierta, lo probable es que haya volado el pajarillo.

— ¿Creéis que se ha marchado?

— Naturalmente.

Magno penetró en la casucha silenciosa. Ni una luz... ni un ruido. Llamó, mas nadie contestó.

En la extremidad del patio veíanse las puertas abiertas de par en par y las piezas oscuras... En el saloncillo donde esperaron á Stella mientras se cambiaba de vestido, sólo había un postrer tizón que lanzaba su último resplandor desde el fondo del hogar.

Magno, queriendo alardear de cierta filosofía, dijo:

— Se marchó. Después de todo, tanto mejor para ella!

— ¿Por qué? preguntó Juanillo.

— Silencio! contestó Magno.

— Qué carácter más desapacible! murmuró Juanillo.

Y más preocupado que nunca con sus funciones maternas, sentóse en la piedra del hogar y empezó á desvestir á sus chiquillas.

— Estoy seguro de que se han mojado, decía. Deben estar empapadas.

Magno acercósele corriendo y alzólo con brusquedad.

— Por ningún motivo las despiertes... y calla! Escucha!

Oyóse en el camino un ruido de cascabeles.

— Un coche! exclamó Magno.

Pronunció aquellas dos palabras: « un coche » con tono tal, que Juanillo no halló dificultad ninguna en comprender toda la significación que Magno les prestaba.

Ah! un coche!... Cuántas cosas se pueden hacer con un coche!... sobre todo en las circunstancias en que se hallaban Magno y Juanillo!

Los dos hombres escucharon... se aproximaban los cascabeles... oíase claramente el trote del caballo y el ruido que hacían las ruedas de la carreta... porque en realidad era una carreta... detúvose frente á la puerta de la casucha abandonada... Vieron al hombre que conducía la carreta, pues la luz de la luna le caía en plena figura.

— Nada se ha perdido! exclamó Juanillo con alegría. Es el « infiel ».

— ¿Cuál?

— Os digo que es « el infiel ». Dejadme obrar, que aun hemos de hacer algo, ó no me llamo Juanillo.

Apeóse el hombre de la carreta y maravillóse al ver que las puertas del patio estaban abiertas.

— ¿No hay nadie aquí? gritó.

Esperó un momento, mas como no oyera respuesta alguna, repitió en tono más alto:

— ¿No hay nadie?

Fuése á la carreta, descolgó la linterna y volvió á la

casucha. Entró á todas las piezas del entresuelo y luego visitó las del primer piso. Escuchábanse sus pisadas que hacían crujir los enmaderados y que se detenían por momentos, examinándolo y escudriñándolo todo.

Volvió de nuevo al patio y allí púsose á examinar con la ayuda de la linterna, las huellas de pisadas que se veían marcadas en la arena. Volvió por último á proximidad del hogar junto al cual se hallaban momentos antes Magno y Juanillo, extendió los pies por sobre el último tizón que se consumía y dijo en voz alta:

— *Siguen con ella!* Viajan juntos. ¿Por ventura se dejaría conmovier?

Permaneció un instante en silencio en ademán de reflexionar y agregó:

— Con tal de que no me haya visto en casa de Bautista... No! No habría tenido tiempo de reconocirme!

Tomó de nuevo la linterna, paseóla en derredor y como advirtiera que cerca de la puerta había un pedazo de espejo, llegóse hasta él.

— ¿Quién podría reconocirme cuando yo mismo no me reconozco?

El hombre que tal cosa decía no tenía un aspecto muy... cristiano... Tampoco parecía gitano... ¿De qué país sería, ó á qué raza y religión pertenecía?... Comprendíase á primera vista el epíteto que le endilgó Juanillo la primera vez que se halló frente á esa figura « Es un infiel ». El aparente desorden de su traje tampoco resultaba muy natural, pues era de todo punto extraordinario que estuviese tan pulcramente rasurado el hombre que vestía como un trashumante.

Satisfecho de su examen, hizose esta reflexión:

— Vamos, que pronto los he de alcanzar y en seguida me despacho.

Dicho lo cual, volvió á la carreta, apagó la linterna,

pues ya empezaba á asomar el día, empuñó las riendas y fustigó el caballo... y de nuevo oyóse en el camino el campanillear de los cascabeles.

Inmediatamente después levantóse una trampa del suelo y aparecieron las dos figuras de Magno y Juanillo.

— Se marchó!

— Se marchó!

Los dos hombres saltaron al saloncillo.

— Dése prisa!... Dése prisa, Señor Magno!... Es preciso que Ud. siga de cerca á ese hombre, dijo Juanillo que aun tenía en brazos á las chiquelas.

— No será muy difícil.

— El cree que va tras de nosotros, como le explicaba... Nos cree aún acompañándola...

— Comprendo... y nosotros lo seguimos!

— El sabe con certeza á donde se encamina ella, *ella*, y nosotros no lo sabemos... Pero sin darse cuenta de ello, él nos indicará su paradero... Pronto, en camino!

— ¿Y tú qué piensas hacer con tus chiquelas?

— Prestadme atención... Forzosamente tendréis que pasar por Arles... y él también... y ella también... puesto que no existe sino ese camino... por consiguiente dejadme un parte en el hotel de los Alyscamps...

— Convenido!

— Y además os aseguro que muy pronto me reuniré con vosotros. Daos prisa, Señor Magno!

De un salto púsose Magno en el camino, lanzó sus tres brazos al aire, luego sus dos patas, y empezó de nuevo... á girar...

Cinco minutos después, « el infiel », que continuaba fustigando su caballo, no se imaginaba que iba en una carreta de cinco ruedas.

LIBRO SEGUNDO

DUENDES Y GNOMOS DE LA SELVA NEGRA

I

LA DILIGENCIA DEL VALLE DEL INFIERNO

Buchen es una aldea bastante grande que se halla situada en el centro mismo de la Selva Negra, y aunque bien es cierto que ya en aquella época gozaba de celebridad en toda la región de Baden por la fabricación de sus famosos relojes de cuclillo, época correspondiente á nuestro relato, no comunicaba sin embargo con el norte, sino hasta Friburgo, y con el sur, hasta Todtnau, por los caminos que atraviesan el Valle del Infierno.

La diligencia que partía tres veces por semana de la posada « La Manzana de Pino », cargada de viajeros y con destinación á Feld ó á Todtnau, ó que se dirigía hacia los caminos del Tirol ó de Austrasia, esa diligencia, decimos, era reputada en veinte leguas á la redonda como la más valerosa, la más honrada, la mejor dispuesta y la más sólida de todas las diligencias. Contaban á menudo en « La Manzana de Pino » que había